

Cuerpo de diosa,
cara de luna,
tez de alabastro,
verdes los ojos,
las manos blancas...
voz melodiosa
y andar de reina.

¡Ay, la Serena!

Pero hay quien dice
—señores graves
y damas viejas—
que eso es mentira,
que no hay tal cosa
ni la hubo nunca,
que esos son bulos
de gente tonta
que toma en serio
las invenciones
y las bobadas
de los poetas...
y hasta aseguran
que es muy posible
que eso del mito

de la Serena
lo divulgase
la gente aquella
del renombrado
Charco Chavito
¡tan pintoresca!

Es fastidiosa
la gente seria.
Mas no hagáis caso
de sus monsergas.

¡Dejad que vuele
la fantasía,
dejad que sueñe
la grey ingenua,
dejad que hilvane
la alada musa
los hilos tenues
de la leyenda!

*¡Ay, la Serena,
la Serenita
del Guadiana...
¡qué hermosa era!*

JUAN LUIS CORDERO

Lea Ud.

"ALCÁNTARA"

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir,
dentro y fuera de nuestra región,
las letras extremeñas.

DEL PASADO PROXIMO CACEREÑO

PATRONATO CANONICO DE NUESTRA SEÑORA DE LA MONTAÑA

(1906)

Es grato destacar que este Cáceres, relicario de piedras y de Historia, viejo de siglos, tuvo siempre un alma noble y candorosa, capaz de sentir hondamente firmes ideales del espíritu, desentendido de falsas doctrinas, y capaz, también, de embelesarse con inocentes puerilidades, como un niño bueno que no quiere saber de cosas amargas. Y nadie advierta en esto último un defecto, sino la prolongación de su espíritu creyente, siempre un poco tocado de candideces seráficas.

Por eso en aquel año de 1906, Cáceres, isla de luz en las crecientes inquietudes del mundo, mucho más niño y cándido que hoy, pero tan católico como siempre, vivió muy hacia dentro de su estrecho perímetro, con una sana y noble alegría. Campañas indignas trocaban contra el clericalismo; los anarquistas iban regando sangre; la bomba de Mateo Morral era el odio de los malos, explotando a los pies de la regia carroza nupcial de Alfonso XIII... Pero Cáceres, feliz con sus pequeñas y grandes cosas, quedaba al margen de las maldades y sonreía embelesado, viendo por primera vez desfilar por sus calles el Batallón Infantil; pequeñuelos jugando a la tropa, que hacían las delicias del público, con su paso marcial y sus flamantes uniformes. La ilusión de la gente era tan grande como reflejan estas palabras, publicadas en un periódico: «El Batallón manda en la capital con gran complacencia de los de arriba, los de abajo y los del medio, pues a todos se nos van los ojos y el alma detrás de estos soldados tan majos, tan simpáticos, tan arrogantes».

Infantiles todos, y todos buenos, gozaban con la graciosa niñería, sin perder de vista las tareas transcendentales y cristianas. Nació entonces la «Caja de Ahorros y Monte de Piedad», por iniciativa del Catedrático don Casto Ibarlucea, secundado en la Prensa por don Manuel Sánchez Asensio, y bajo el patrocinio de la Liga Católica. Hubo fiesta religiosa de inauguración, en Santa María, predicando en ella don Santiago Gaspar. En acto posterior, el entonces joven Letrado, hoy ilustre sociólogo, don León Leal, disertó sobre la institución que iniciaba su modesta vida en la casa número 4 de la Cuesta de la Compañía, presidida por el anciano Conde de Canilleros. La Caja, de la que, con regocijo, decía un periódico que, al poco tiempo de fundarse, tenía más de 3.000 pesetas de imposiciones,

cuenta hoy con espléndido palacio propio, ha hecho infinitas obras de caridad y dispone de millones de pesetas. Los cacereños sabían reír como los niños y pensar como los hombres de corazón.

Y sabían hacer patente su fe en la peregrinación extremeña a Guadalupe, para ofrendar una lámpara votiva y en el gran acontecimiento cacereño del año, en las fiestas del patronato canónico de Nuestra Señora de la Montaña.

Patrona de Cáceres era de siempre esta Virgen, en el amor y fe de los cacereños; pero ahora fué declarado canónicamente el patronazgo, que ya quiso acordar el Ayuntamiento en 1668 y que Su Santidad sancionaba el 2 de Marzo de 1906. Al llegar la noticia a Cáceres, el 28 de aquel mes, todas las campanas fueron echadas a vuelo, iniciándose con ello el regocijo. El Alcalde lanzó al día siguiente esta breve arenga:

—«Cacereños: La declaración canónica de Nuestra Patrona la Santísima Virgen de la Montaña, llena de gozo el alma de todo buen cacereño, y nos obliga a demostraciones no menos fervorosas por más humildes. Mañana, domingo, celebra la Iglesia acontecimientos tan faustos con un solemne Te Deum y vuestra Autoridad local os ruega, en señal de júbilo, colguéis vuestros balcones, rindiendo ese pequeño tributo a la Virgen de la Montaña, a quien Cáceres reverencia y de quien ha recibido beneficios innumerables. Así lo espera de los sentimientos religiosos de este vecindario, vuestro Alcalde, Juan Muñoz y Fernández de Soria».

El Prelado, don Ramón Peris Mencheta, Autoridades y pueblo, con música de la banda municipal y escolta del Batallón Infantil, fueron al Ayuntamiento y a Santa María, celebrando con indescribible entusiasmo y fervor un acto civil y otro religioso. En el Municipio habló el Alcalde; en el templo, la cátedra sagrada estuvo a cargo de don José Fogués, dando lectura de una pastoral alusiva al suceso.

Aquella tarde subió todo Cáceres a la Montaña, donde el coro de educandas de las Hermanas Carmelitas, cantó la Salve.

El 20 de Abril bajóse la Virgen a la Iglesia de Santa María. Arcos de triunfo salpicaban el camino de la Señora. El primero lo había alzado, en el Calvario, un devoto; el segundo, las lavanderas, junto a la Fuente del Concejo; el tercero, los vecinos de la calle Caleros, ante la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe; el cuarto y último, en la Plaza Mayor, frente al Ayuntamiento, que lo erigiera en honor de la Patrona.

Tres horas y media tardó en llegar a Santa María la procesión, presidida por el Obispo, que avanzaba entre el enfervorizado entusiasmo de la muchedumbre y con la indispensable escolta de los soldaditos de juguete, nunca mejor empleada su infantil marcialidad.

Con inmensa concurrencia de fieles celebróse el solemne novenario, predicando en él don Antonio Martínez y Martínez, de la Parroquia de Santa Cruz, de Madrid. También de la Corte vinieron los cantores don Manuel de Larañaña y don Juan Gurruchaga, bajo de la capilla real.



GALERÍA DE COLABORADORES DE «ALCÁNTARA»

D. Urbano Sánchez Yusta

Durante los tres últimos días de permanencia de la Virgen en Cáceres, se intensificaron los festejos y el entusiasmo.

En la noche del día 27 hubo desfile con carroza, en la que una niña representaba a la Virgen María y otras iban rodeándola, vestidas de angelitos. El Batallón Infantil formaba en hileras, con farolillos de colores.

En la noche del 28 se celebró, en el viejo teatro «Principal», una solemne velada, presidida por el Prelado, con quien compartían la presidencia el Gobernador Civil interino, don Gonzalo González Borreguero; el Presidente de la Audiencia, don Pablo Maroto; el Alcalde accidental, don Miguel Cuello; párrocos e intelectuales. Tal fué la concurrencia, que «damas y señoritas muy distinguidas de la familia de algunos que tomaban parte en la velada—dice un cronista—, tuviéronse por venturosas al ocupar los modestos asientos del paraíso».

Quince números componían el programa, que resultó un poco pesado, a causa de su duración de tres horas, sin descanso alguno. Hubo música, canciones, poesías y discursos, interviniendo en el acto el Orfeón, dirigido por el señor Rosich, los citados predicadores y cantores madrileños; don Publio Hurtado, don Joaquín Acedo, el Sacerdote ciego don Carlos Barriga, don Santiago Gaspar, don José Luis Santana, don Diego Regidor, don Luis Grande, don Diego María Crehuet y el compositor don Jacinto Cabrera. La nota más saliente—se dijo entonces y el tiempo lo ha confirmado—fué la bellísima e inspirada poesía que dedicó a la Virgen de la Montaña don Luis Grande Baudesson. Unas palabras del señor Obispo pusieron fin al acto.

El día 29 fué el último de los festejos. Por la mañana hubo otra vez desfile de carrozas—en las que iban las niñas de Peña, Trujillo, Osuna, Crehuet, Vitali, Rico y Molano—, escoltadas por la tropa infantil. Aquella tarde subióse la Virgen al Santuario, en procesión presidida por el Prelado, Gobernador y Alcalde, con el acompañamiento insustituible de los graciosos soldaditos. Al paso de la Imagen por la ciudad, el entusiasmo se desbordaba y llovían flores sobre la bendita Patrona. El frío y el viento hicieron que no llegase mucho público hasta la ermita.

Cierta contrariedad hubo en Cáceres, a causa de dar la declaración del patronato canónico a Nuestra Virgen el título de Madre de la Divina Gracia. Antes tenía el de la Encarnación y antes aún el de Monserrate, que no prosperaron, como no prosperaría el nuevo. La gente, desentendida de las razones que pudieran justificar tal título, aferrada a la denominación única, que triunfó y triunfará siempre, la de la Virgen de la Montaña, hubo de recibir con manifiesta contrariedad lo que, erróneamente, consideraba que venía a mermar o no reconocer el nombre único y auténtico de siempre en los amores del pueblo. Una nota en la prensa hablaba de ello, terminando con este popular comentario: «Mia tú; pues no han crismao a la Virgen?—hemos oído a una mujer».

Eran pequeños recelos de enamorados, carentes de toda trans-

endencia. El tiempo se encargó de desvanecerlos, porque, ahora y siempre, nuestra Virgen es solo la Virgen de la Montaña.

Pocos días después de los festejos, el brote tímido, pero amenazador de la incipiente Casa del Pueblo, volvía a solemnizar el 1.º de Mayo, con un mitin en «Variedades», su laica fiesta del trabajo. Un mes más tarde, el día 31, la bomba de Mateo Morral regaba de sangre inocente las calles madrileñas. Pero el Cáceres ingenuo y creyente de 1906, firme en su verdad única, tenía razón: pasó el brote demagógico y se olvidaron tragedias y dolores, mientras la Patrona sigue y seguirá reinando. Hoy como ayer, la Virgen está en el corazón de todos y cruza las calles cacereñas, escoltada por aquellos mismos soldaditos de juguete, que cambiaron el uniforme de broma por el auténtico del Ejército, por la toga del Magistrado, por el batín del médico, por la blusa del menestral, por el «mono» del obrero...

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO



IDEARIO EXTREMEÑO

¡Aquí moran la dicha y el contento!—¡Oh campo! ¡oh soledad!
¡oh grato olvido!—¡oh libertad feliz! ¡oh afortunado—el que por tí
de lejos no suspira,—mas trocando tu plácida llaneza—por la odiosa
grandeza,—por siempre a tu sagrado se retira!—¡Afortunado el que
en humilde choza—mora en los campos, en seguir se goza—los rústicos
trabajos, compañeros—de virtud e inocencia,—y salvar logra con
feliz prudencia—del mar su barca y huracanes fieros!

MELÉNDEZ VALDÉS

Romance del pensamiento limpio

La mujer es retrechera
y Labrador el marido.

(Hay un calor de la lumbre,
hay un fuego del carriño).

Los ojos son más que ojos,
miradores de suplicio,
donde se asoman los celos
y recelos del marido.

El azadón no le pesa,
que lo maneja con brío;
lo que le hunde y le abate
es mal pensar de continuo
que tiene la mujer guapa,
el hogar junto al camino,
la vía mil pasajeros
y cualquier viandante, frío.

¿Y qué extraño es que en la casa,
a la vera del camino,
en la tarde del invierno,
busque un pasajero abrigo?

Que lo busque poco importa,
que lo encuentre... ¡no es lo mismo!

(Hay llamas de leña seca,
hay fuegos de pulsos vivos).

Ningún trabajo es cavar
para el Labrador fornido,
lo que le punza y le rinde
es el amor hecho erizo.

Arden la leña y los pulsos.
Tiembla azogado el marido.

.....
.....

Pero el donaire de un beso
deja el pensamiento limpio.

FERNANDO BRAVO y BRAVO